

Día 20. Sepultura

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre nuestro que estás en el cielo, donde recibiste a tu Hijo glorioso después de morir en la cruz y ser sepultado: ayúdanos a morir al pecado y a todo lo que obstaculiza el reinado del Corazón de Jesús en nosotros, para renacer, por medio de tu Espíritu, a nueva vida.

MEDITACIÓN:

Pidamos al Señor que nos ilumine en la meditación del Misterio Pascual, que le llevó a desprender su corazón de todo lo terreno, para ganarnos una nueva vida de hijos amados. El Evangelio nos lo narra así:

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús. (Jn 19, 40-42)

La tierra ha retemblado, se ha resquebrajado hasta lo más profundo, porque el Hijo de Dios ha muerto. «En su designio de salvación, Dios dispuso que su Hijo también “gustase la muerte”, es decir, que conociera el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo». ¹ El Corazón de Jesús dejó de latir. Jesús es Dios, «el que vive», pero se sometió al orden natural y «estuvo muerto». Su muerte fue una verdadera muerte para darnos la vida, esa nueva vida que recibimos en el Bautismo, por el que bajamos con Él al sepulcro, muriendo al pecado, verdadero mal y enemigo del alma.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

En otro contexto he afirmado que Dios «de algún modo, quiso limitarse a sí mismo» y «muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador». Nuestra cooperación puede permitir que el poder y el amor de Dios se difundan en nuestras vidas y en el mundo, y el rechazo o la indiferencia pueden impedirlo. ²

El pecado nos parece un muro infranqueable que nos hace impotentes, nos daña, generando incluso indiferencia ante lo divino. Jesús nos ha dicho que el grano debe caer en tierra, morir, para no quedar infecundo. Prepararnos para ser totalmente suyos, consagrándonos a su Corazón, exige morir a nosotros mismos, al pecado de la exaltación de nuestro ego, a través de pequeñas muertes diarias: muriendo al éxito, a la eficacia, al bienestar, a los propios intereses, a nuestra manera humana de ver las cosas sin Dios... Este ir muriendo poco a poco, hará germinar una nueva vida según las virtudes del Corazón de Jesús, con nuevas determinaciones, nuevos pensamientos, sentimientos, deseos y aspiraciones.

El Papa Francisco nos dice que «para ascender hacia Él debemos descender dentro de nosotros mismos» para percibir nuestros propios límites, dolencias, debilidades, tentaciones. Eso que llamamos «males, fuentes de sufrimiento», pueden convertirse con la ayuda de su gracia en oportunidades, si los aceptamos y abrazamos libremente por amor, para que se manifieste el poder de Dios en toda su capacidad infinita de amor, difundiéndose por el mundo entero. Este cambio de actitud nos convertirá en colaboradores con Jesús y en «ofrenda» que abre un espacio ilimitado a

los milagros que está deseando realizar en nuestras vidas y en las de tantos hombres y mujeres por los que ha muerto.

Nuestras fuerzas no pueden liberarnos de las sombras de muerte del sepulcro, de las esclavitudes, del miedo, que son lazos con los que el demonio nos ata. Jesús tiene en su mano el poder y la victoria sobre todos esos males; por eso nuestra confianza debe estar puesta solo en el poder de su Corazón.

A veces Dios puede dejarnos experimentar este aparente «sábado santo». A veces parece que no está, que en nuestra vida todo es un frío glacial, como si una piedra se hubiese interpuesto entre Él y nosotros. Puede ser que entonces nos esté pidiendo que nos pongamos junto a María, la que supo esperar cuando hasta los suyos le consideraban como parte de una historia acabada en un fracaso. María sabe velar y confiar en las promesas a pesar de que la evidencia pudiera indicar lo contrario. Ella permanece en amor ardiente. Y seguro que el Corazón de Jesús estaba deseando que llegara la hora de la resurrección, para poder agradecer a su Madre la fidelidad de su «Fiat» mantenido en la hora de la oscuridad.

Que Jesucristo vivo, de corazón palpitante, aumente nuestra fe y esperanza, para creer en la promesa de la bienaventuranza de que los que lloran serán consolados en el cielo de su Corazón.

PROPÓSITO:

Jesús, enséñame a descubrir las ocasiones en que nos pides morir a nosotros mismos, ofreciendo las limitaciones y penalidades que nos encontremos.

JACULATORIA:

Jesús, haz mi corazón como el tuyo, capaz de morir para esperar la verdadera vida.

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica* Nº 624

² Carta enc. *Dilexit nos*, n.192